

PORTAFOLIO

Desapariciones forzadas: de los Balcanes a los Andes

José Pablo Baraybar

Aunque el tango diga que “veinte años no es nada”, creo que llevan en sí un mundo de experiencias transformadas en historias. Fue hace veinte años, de los veintidós que conozco a Alain, cuando surgió la oportunidad de que se desempeñara como fotógrafo forense en las canteras de Bosnia. Y me refiero a las canteras, no por alguna explotación minera, sino por lo que esos tiempos describen: los cientos de fosas y miles de cuerpos extraídos de ellas en una operación sin igual y lo más cercano a una línea de ensamblaje, en la que sin respiro era necesario extraer del barro las partes de personas que fueron asesinadas apenas unos años antes por sus propios vecinos.

Extraer, exhumar, desenterrar, suena más bien a una actividad digna de sepultureros, pero en realidad es un trabajo meticuloso en el cual se privilegia el detalle, porque, para contar algo de la vida desde la muerte, debemos justamente fijarnos en el detalle. El oficio del fotógrafo (forense, en este caso, por el tema) es justamente perennizar los detalles, permitir que las observaciones hechas en el momento puedan ser vistas cuantas veces uno desee, más adelante. En esos días, Alain se volvió fotógrafo. Con

pura intuición, que después volvió conocimiento sistemático, se incorporó al equipo como alguien distinto, como un par de ojos más a tantos que querían poder ver nuevamente y de forma más sosegada lo que observaban en ese momento.

Y Alain corría de un lado a otro —cámara en ristre—, llevaba un número escrito en negro sobre un plástico amarillo, una flecha, una regla; hacía composiciones con todos esos elementos y, al final, al poder ver el resultado, uno entendía la lógica: que la flecha indica el norte, que el número está al lado correcto para no ocultar el cuerpo, que las reglas delimitan el contorno del mismo. Alain aprendía de todo y de todos, era una esponja. Más adelante, nosotros aprendimos de él, que si la luz era adecuada o si lograba montar cosas diminutas en rollos de cinta adhesiva o en cajas de cartón cubiertas con tela.

Nunca tuve mucha paciencia para la fotografía, así que, en mi caso, establecimos un contrapunto preciso hasta que entendiera qué quería, qué debía estar en primer plano y con qué claridad, de dónde debía venir la luz para ver lo que deseaba poner en evidencia. Lo más asombroso es que, pese a mi poca paciencia, Alain lograba entenderme y hacerlo de forma correcta. Así recorrimos países y desgracias, desde la “casa amarilla” (Albania) al Perú de esos tiempos en los que todo parecía posible; su ojo en el lente transformó la abstracción de mis observaciones en imágenes que también resultaban claras para los demás. Por eso creo, Alain, que veinte años son mucho: una tinta indeleble con la cual se escribieron historias y lazos imposibles de borrar.